LA MISIÓN COMO PRIORIDAD ABSOLUTA DE LA IGLESIA

La prioridad de la misión evangelizadora de la Iglesia hoy está configurada y traducida en líneas de acción, por el Papa Francisco, en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, a la cual me atengo. Quiero hacerlo hablar a él, hacer resonar sus palabras que tocan los corazones y los mueve a la fidelidad operativa.

«La actividad misionera representa, aún hoy día, el mayor desafío para la Iglesia y la causa misionera debe ser la primera» (15). Ésta está inscrita en el ser mismo de la Iglesia, que en sí misma es misionera: constituida tal por Cristo, que le ha confiado el mandato que él recibió del Padre (Jn 20,21). Tal mandato hoy tiene un carácter de urgencia especial, debido a la secularización de la sociedad que causa la descristianización. Por esto «no podemos quedarnos tranquilos, en espera pasiva, en nuestros templos»: «hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera» (15). De aquí la doble y complementaria imagen de una «Iglesia en salida» (20ss.) – «Iglesia de misión» (97) – para ir hacia quien está fuera. De una «Iglesia con las puertas abiertas» (46), para acoger al que viene. Son las dos coordinadas de la misión: ir y acoger.

Para esta prioridad, «la acción misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (15). Es necesario «poner todo en clave misionera» (34). «Las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial debe convertirse en un cauce adecuado para la evangelización, más que para la auto-preservación. Toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no quedar tomada de una especie de introversión eclesial» (27). Esto llama a «la trasformación misionera de la Iglesia» (19ss.): «Constituyámonos en un estado permanente de misión» (25).

La Iglesia es misionera en cada uno de sus componentes. Así que ninguno pueda sentir la vocación y la «conversión misionera» (30) como fuera de la realidad y marginal. «En virtud del Bautismo, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero» (120). Discípulo que escucha y misionero que sale. La misión viene del discipulado y el discipulado es para la misión. Se debe volver a centrar sobre la misión una relación, hoy desequilibrada porque acentúa un discipulado autorreferencial y espiritualista. La espiritualidad cristiana no encierra al cristiano en sí mismo. Es «una espiritualidad misionera» (78), que lleva a crecer en santidad, en la extroversión evangelizadora de la caridad. Y tiene viva la consciencia que «la misión no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice, o un momento más de mi existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para esto estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (273).

Conscientes, que la misión es un dar pero también un recibir: «La tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas espirituales limitados. Simultáneamente, un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque "hay más alegría en dar que en recibir" (Hch 20,35)» (272).

Mauro Cozzoli
Ordinario de Teología Moral
en la Pontificia Universidad Lateranense